



Proyecto para Sama de Langreo.

Arquitecto, Francisco P. Casariego.



## Actuación social y económica del Arquitecto. <sup>(1)</sup>

### El Arquitecto moderno.

Hoy la Arquitectura se hace sola; es un producto natural, como todos los que en España vienen produciéndose. No se desenvuelve, no perfecciona su producción. Como el minero en las minas y el agricultor en los campos, cada arquitecto viene labrando sus propiedades igual que en los pasados tiempos, aferrado á la vieja reja del arado histórico, con la vista fija en el pasado, la voluntad incierta para con el presente y el corazón cerrado al porvenir.

Abrumado el arquitecto, como la mayoría de los españoles, por ese ambiente de pesimismo que D. Antonio Cánovas del Castillo calificaba equivocadamente de "prudentísima cautela", enfrente del optimismo que dicho eminentísimo político estimaba peligroso, y en justicia, por lo que tenía de inactivo y confiado en el natural desenvolvimiento de la vida; abrumado, digo, el arquitecto por esta lamentable modalidad dominante, como reguladora de nuestra propia constitución social y política que tantos daños nos produjo en el pasado siglo XIX, no hizo nada por salir del estado de postración y decaimiento á que fatalmente se veía conducido.

(1) Fragmentos de la conferencia dada por el Sr. Mendoza en la Sociedad Central de Arquitectos.

Se dejó arrastrar por la corriente y no vió el triste porvenir que á la Arquitectura conduciría la falta de un optimismo sano, de un optimismo de acción, del optimismo que hoy, por ventura, empieza á alentar nuestras almas, del optimismo que, según palabras de un conocido y eminente paladín de la actual política renovadora, tiene por base la fe en el propio esfuerzo y en la actuación de sí mismo; fe y actuación que, una vez adquiridas, se irradian y se transforman en fe y confianza en el esfuerzo de los demás.

Como consecuencia inevitable de tal estado social, demostración, á la vez, de la morbosidad de ese germe de optimismo y pesimismo basados en la inacción, nació y vivió el período de franca paralización del desenvolvimiento de la Arquitectura, del que ante os hablé; ese período podemos, por fortuna, considerarlo como terminado, merced al impulso evolutivo iniciado ya en nuestro Arte, como igualmente se inicia en la Agricultura, la Industria y el Comercio por toda España; pero es forzoso reconocer para nuestra mejor orientación futura, que empieza nutriendose, á falta de otros jugos, de aquellos elementos, tan reseñados por nuestros arqueólogos, que tan buenos fueron para la época de su creación, y cuya contemplación y examen tanto nos han recreado, sirviéndonos, á falta de mejores esfuerzos, de amena distracción en nuestros pasados y presentes ocios, pero á los que debemos respetar sin profanarlos en nuestras concepciones del mañana para honra de la memoria suya y mayor gloria de nuestras futuras obras.

No basta con que nuestra potencia creadora sea genial y vigorosa; no basta que con ella sepamos encarnar en nuestras creaciones el vibrante timbre de nuestro temperamento patrio, revistiéndolas del propio y peculiar sello que á través de las generaciones las haga imperecederas y acreedoras á la admiración de los inteligentes y al respeto de los profanos; se hace esto necesario, pero no es suficiente. Hoy se exigen otras cualidades más. Hoy el arquitecto no puede seguir reducido á su estudio de tablero, diseñando con más ó menos acierto las trazas y dibujos de sus proyectos y delegando en inexpertas manos todas las demás funciones que está llamado á desempeñar.

Refiriéndome al aspecto económico, diré que el Arquitecto, en sus relaciones con el capital, precisa tener un dominio absoluto de la cuestión. El Arquitecto debe saber plantear financieramente el proyecto que se le encargue, y más aún diré, debe saberlo hacer en tal forma, que el capital quede cubierto de toda eventualidad contraria á lo calculado. Para ello es preciso que siempre el estudio económico preceda al estudio técnico.

Actualmente, en la generalidad de los casos, nos inhibimos de este estudio, que dejamos en manos del capital, preocupándonos tan sólo del estudio técnico. Con esta táctica damos lugar á que muchas de las veces la obra no llegue á realizarse por desistirse de su ejecución, ó si se ejecuta, los aumentos y presupuestos adicionales, muchas veces superiores á la cifra original, crean al capital una situación violenta de natural protesta, por verse obligado á la inversión de una cifra superior á la calculada, y lo que también ocurre, á veces, que no posee.

En el primer caso, de retraerse el propietario, se ve, como final consolador, en la obligación de abonar una minuta de honorarios cuyo pago hace con gran esfuerzo, si lo hace, por serle improductivo; en el segundo caso ve mermados sus intereses por el fracaso económico sufrido, y en ambos casos, aun cuando gananciosos nosotros de momento, el saldo moral y material de la gestión nos es francamente desfavorable.

No creo necesario esforzarme mucho para convenceros de la veracidad de mis afirmaciones y de la importancia y trascendencia del asunto; pero si algún obstinado dudase de cuanto digo, me bastará recordarle la lesiva disposición, vigente hoy en los concursos de Casas de Correos, por virtud de la cual no devengarán honorarios á favor de sus autores aquellos proyectos que, al ser anunciados á subasta, no merezcan los honores de una oferta y una adjudicación.

El capital ignora no sólo el tributo que debe rendir al Arte y las exigencias de éste, sino que desconoce igualmente el problema económico de la ejecución de los trabajos; para él el trabajo es un accidente que no tiene más medida que su capricho y libre voluntad. De ahí que se estime con plenos poderes para marcar la ruta artística y económica á seguir en las obras que emprende.

Con frecuencia habréis recibido encargos para los que se os fijaba previamente, la capacidad ó tamaño de la obra, lo que debía de costar y hasta el estilo que había de tener. Es decir, cual si de nosotros no necesitase otra aportación que la legal de nuestra firma que autorizase sus errores y respondiera de sus fracasos.

Esto no es posible que continúe por más tiempo. Para ello una de las labores sociales que á todo trance debemos acometer es la de la cultura y educación del capital y del trabajo, para que, poseídos del perfecto conocimiento de la Arquitectura en sus múltiples necesidades, reduzcan sus atribuciones á los límites que les son propios y nos devuelvan las que nos corresponden, como más conocedores y autorizados para marcar la dirección del conjunto.

### Ordenanzas gremiales.

Es curioso ver los esfuerzos realizados por los obreros para el logro de sus nobles aspiraciones, que nunca han podido ver conseguidas por el abandono en que se les ha tenido y por las resistencias que se les han presentado. Les ha sucedido á ellos, en mayor escala, lo que á las llamadas clases medias en frente del poder de las mal denominadas clases directoras.

Como prueba de la nobleza de sus esfuerzos, recuerdo una ordenanza por ellos establecida, según la cual, no se podía admitir en el trabajo otras obras que las de factura irreprochable; tendencia mucho más sana que la hoy dominante en los oficios.

También, como dato demostrativo de tan noble espíritu en pro del Arte, os recordaré las ordenanzas del gremio de carpinteros que exigían el examen previo para poder trabajar y establecerse. Estas ordenanzas fueron constituidas en el año 1668, por consejo dado por el corregidor en el pleito que mantenía contra el gremio de entalladores y ensambladores; primero de los famosos gremios, establecido en el año 1558. Otra disposición, también curiosa, es la de estas primitivas ordenanzas que prohibían á los entalladores componer á ningún prendero, ni ropavejero, escaparates de tienda y otras diferentes obras.

Y para no fatigaros, abusando de vuestra atención, os citaré, por último, el no menos curioso pleito de los contraventaneros, que á su vez ganaron á los carpinteros el año 1694, dando origen á su nuevo gremio, regido por las ordenanzas que lograron ver aprobadas en 1710. Cuando los contraventaneros estudiaron éstas y las redactaron en 1708, las contradijeron los carpinteros, porque no exigían examen como ellos para el trabajo.

Sin meterme á sentar criterio alguno, llamo vuestra atención especial sobre este caso tan interesante.

Los nuevos agremiados, los contraventaneros, definían su trabajo pudiendo hacer puertas en toda clase de maderas, cancelas, confessionarios, cajonerías de sacristía, armarios, mostradores, frisos..., etc., y juzgando su arte como arte liberal, desecharon el examen, que sólo juzgaban propio para las artes mecánicas, como la del carpintero.

No pudiendo llegar á un acuerdo, intervino el propio José Churruquería, quien, con su criterio, fortaleció el de los contraventaneros, desechando los exámenes y fijando para los carpinteros la obra de tablas lisas, al tope, con sus barrotes clavados.

### La Ley de la oferta y la demanda.

Otro de los falsos conceptos que estimo como grave vicio económico, es el que entraña el extralimitado uso que se hace de la famosa ley reguladora de la oferta y la demanda, tan admitida por los economistas; pero, por los economistas capitalistas. ¿Qué es lo que regula esta ley que no sea la escasez para el pobre y la garantía de la posesión para el rico? Con motivo de la guerra europea se ha patentizado el fondo inmoral de esta ley; y las necesidades de la vida, en cuanto al abastecimiento de las substancias más indispensables para el sustento, han obligado á los gobiernos de algunas naciones á oponerse á su cumplimiento, estableciendo la restricción en el consumo y la tasa en el precio.

No es esta la única manifestación contraria á la ley de la oferta y la demanda. Con anterioridad á la guerra europea las legislaciones privadas obreras, y la misma depuración moral habida por la imposición de aquéllas, acreditan la firmeza de mi aserto. ¿Cómo juzgaréis hoy á quien, haciendo aplicación de dicha ley, estableciese la excepción de un jornal inferior á los fijados al obrero que, obligado por la necesidad y falto de trabajo, se ofrece á cualquier precio? Pues la misma razón moral que á esto se opone, rechaza su aplicación más generalizada.

La falta de unidad social, y los errores económicos que, como los señalados, son consecuencia de la disgregación de elementos á que antes me he referido, son la causa y no otra del estado en que nos encontramos, y de los difíciles problemas planteados y que están por resolver.

Dada la intensidad del mal y su extensión, ¿porqué los elementos técnicos no hemos de intervenir en tan interesante estudio, cuando, creo yo, somos los más directamente llamados á hacerlo, por nuestra independencia política y económica, por nuestros conocimientos, por nuestra experiencia en la vida del trabajo y por nuestra situación intermedia entre capitalistas y proletarios? Si los elementos técnicos-directores nos organizamos para la campaña y una vez organizados nos ponemos al habla con el capital y con el trabajo, y el problema lejos de agudizarse podría llegar á tener una fácil solución de compenetación y armonía de intereses. Y si algún día, con nuestra actuación llegásemos á conseguir nuestro propósito, entonces, orgullosos de nuestro título, por haberle honrado con nuestra laboriosidad, coronada por el éxito, saborearíamos los frutos cosechados y lo que es mejor, participaríamos de la íntima, de la honda, satisfacción que proporciona toda labor noble y honrada que redunda en bien de la patria.

MANUEL MENDOZA Y SÁEZ DE ARGANDOÑA,  
Arquitecto.

